

TRATADO SEGUNDO.

Consideracion de la vida del hombre á las Luces de la razon ético-christiana.

He seguido el curso de la vida del hombre desde el primer instante de su concepcion, que lo es de su animacion, hasta el último momento de esta, en que deshaciéndose la mortal y caduca fábrica de su cuerpo, dexa este de vivir, y su espíritu desaparece de este mundo; y despues con vista anatómica he observado el mecanismo y organizacion del cuerpo humano, y las funciones nutritivas, vegetativas, vitales y sensitivas que exercia mientras estaba animado del espíritu. Parece que debería yo ahora contemplar el destino de este despues que abandona el cuerpo, para seguir el hilo de la historia de la vida del hombre. Esta contemplacion debería yo hacer, si en el título de la presente obra no hubiera declarado, que el objeto de ella era la vida del hombre, y no la de su espíritu: aquella es mortal y caduca; esta inmortal y eterna: y jamas se podrá escribir la historia de lo eterno.

Pero lo que sobre esta historia mas llama é interesa á la atencion humana, se reduce precisamente á saber la calidad de vida del espíritu inmortal; esto es, á saber, si su vida será feliz ó infeliz: y esta duda es la que el mismo espíritu, mientras está en este mundo mortal, tiene de sí, y sobre que piensa con inquietud, deseando ansiosamente ser siempre feliz, y aborreciendo su eterna infelicidad mas que su aniquilamiento; porque es ménos mal dexar de existir, que ser eternamente infeliz. Mas la

cien-

ciencia de la calidad de vida que el espíritu inmortal tendrá, no se oculta á la razon de este, y la pagana filosofia, como despues se demostrará, llegó á conocerla y enseñarla. La supo por tradicion, y la conoció por razon; mas la enseñó con prolixidad, confusion, y mezcla de ideas extravagantes: la revelacion divina nos la declaró proponiéndola breve, clara, y simplemente en las siguientes admirables expresiones: (1) "á los hombres despues de su muerte seguirán sus obras.... segun estas á cada uno de ellos premiará ó castigará Dios." Con estas dos brevisimas sentencias se anuncia á todos los hombres la calidad de la vida eterna de su espíritu, y con ellas juzgo haber satisfecho á lo poco, que sobre tal vida debo hablar en esta obra, que es historia del hombre mortal, y no de su puro espíritu.

Por reducirme á los límites de esta historia, no he indicado en ella, y aun totalmente he prescindido de lo que fué la vida humana, ó empezó á ser desde el momento de la creacion del primer hombre. Lo que entónces fué la vida felicísima del hombre, y lo que hubiera continuado siendo, si el primer hombre no se hubiera hecho á sí mismo y á sus descendientes infames reos de las mas graves penas, é indignos de tal vida, dan materia á largos y críticos discursos, que trataré oportunamente en la historia de la tierra.

A la indicacion que acabo de hacer de lo que en la historia del hombre he omitido, porque no se conten-

(1) Opera enim illorum sequuntur eos. (Apocalyp. 14. 3.) ... Qui reddet unicuique secundum opera ejus (ad Romanos 2. 6.)

nia en la materia de ella, debo añadir la confesion de lo que, perteneciendo á esta materia, y al fin de la historia, he dexado de tratar. Esto es, he dexado de tratar lo que en lo físico es la vida del hombre en órden á sus miserias corporales, y lo que suele ser en lo moral, porque en la dicha historia me he propuesto principalmente la exposicion ó instruccion de lo que la vida del hombre debe ser. Ni he querido tocar quan miserable es la vida del hombre en lo físico, y aun suele serlo en lo moral, porque esta historia se dirige á enseñar al hombre lo que debe ser su vida; esto es, sana, larga y virtuosa, para que él logre su felicidad corporal y espiritual, temporal y eterna; y de este modo he propuesto lo hermoso, lo útil y lo bueno, como objetos de deseo y amor, sin necesidad de pintar lo horrible, ni reprehender el vicio, objetos de aborrecimiento. Mas sin tratar de estos, cuya sola noticia basta para aborrecerlos, no debo concluir una historia, que aunque dirigida á procurar todo bien al hombre, tiene tambien por fin alejar de él todo mal; y deseando yo satisfacer á deber tan justo, concluiré la presente historia de la vida del hombre, exponiendo lo miserable que esta es en lo físico, y lo suele ser en lo moral. Este asunto dará materia á los siguientes discursos, que serán como una oracion fúnebre de la vida del hombre. Por tanto, aunque no sean un panegírico de esta, porque solamente se expondrán sus miserias, no por esto dexarán de conspirar al bien del hombre, descubriendo lo que es, ó puede ser mal suyo, pues la pintura y el conocimiento de lo malo son medios para aborrecerle, y consiguientemente para que se desee con mayor ansia, y con mayor actividad se procure el logro del bien.

Con este fin, que completará el total de la presente historia, expondré en los discursos siguientes

las

las miserias físicas y morales del hombre, ó las fragilidades de su cuerpo y espíritu en la vida mortal. Los dichos discursos formarán una historia ético-filosófica de estas; en la qual primeramente se exáminará lo que es el hombre, héroe de ella: despues se hará breve relacion de su vida, ó por mejor decir, de sus miserias en la vida mortal, y últimamente, en defecto del modelo de sus virtudes imitables, se pondrá el retrato de sus errores, ó preocupaciones odiosas y detestables.

Mm 2

CA-

CAPÍTULO PRIMERO.

Exámen ético-filosófico de lo que es el hombre, y consecuencias útiles que la razon saca, é instrúy y enseña la antigua filosofía de los paganos.

De los presentes discursos, dirigidos á la consideracion de la vida humana, segun la ética refinada con la admirable doctrina del christianismo, el primero debe tratar del héroe, ó sujeto de dicha vida, así como al principio de la historia de la vida del hombre se trató, y expuso el carácter de este héroe de la misma historia. Así pues, empezando yo á hablar del sujeto de la vida humana para dar noticia ético-filosófica de él, pregunto, ¿qué es el hombre, y qué cosa piensa él ser? El hombre es lo que él piensa ser. Si preguntásemos á un niño ó á un hombre el mas idiota, *qué es el hombre: ó qué cosa son ellos*: no sabrán responder filosóficamente definiendo al hombre, y ménos á sí mismos, como se enseña en la dialéctica de las escuelas. Segun esta dialéctica, que es artificial, y produccion de la meditacion y reflexion, no sabrán responder; mas responderán acertadamente, segun la dialéctica íntima y natural, con la que conocen lo que ellos son, y que el hombre es lo que son ellos. El idiota sabe y conoce lo que es, quando dice, ó piensa, diciendo mentalmente: *yo soy el que pienso: yo soy el que quiero: yo soy el que sé ser lo que soy, lo que pienso y quiero*. El idiota, reflexionando sobre su dicho mental, ó sobre el conocimiento íntimo y práctico de sí mismo, ó de lo que es, fácilmente conoce é infiere, que él no es su cuerpo, sino aquella substan-

tancia, ó aquel ente invisible, que dice mentalmente *yo soy*, y que conoce lo que dice. En su reflexion con que conoce íntimamente lo que es, mira á su cuerpo como á cosa exteriormente propia: esto es, le mira, ó le considera perteneciente á sí, como quando observando su cuerpo ve el vestido que le cubre. El hombre, cuidando solamente de su cuerpo, juzga cuidar de sus cosas, y no de sí mismo, porque su principal parte es el espíritu, y este no es su cuerpo. El hombre cuidando de su espíritu, aunque para tener este cuidado necesite sacrificar su cuerpo, juzga cuidar de sí mismo, y sacrificar á su cuidado lo que no es el mismo hombre, sino solamente lo que es suyo.

Yo habia escrito las reflexiones que acabo de hacer, quando, ojeando casualmente las obras de Platon que tenia á la vista, empecé á leer el diálogo intitulado *Alcibiades, ó sobre la naturaleza*, y cerca de su fin advertí, que el mismo argumento, ántes tratado por mí, se exponia con otras reflexiones dignas de registrarse aquí. Hablan en él Alcibiades y Sócrates, y este discurre diciendo así. "Distinguimos las cosas usadas del que las usa: el hombre usa su cuerpo: ¿qué es pues el hombre? Lo ignoro, respondió Alcibiades. Tú sabes, replicó Sócrates, que el hombre hace uso de su cuerpo; luego lo que de este hace uso, se distingue de él: el alma es la que hace tal uso: y le hace mandando. Por tanto, el hombre es cuerpo ó alma, ó las dos cosas juntas: cuerpo no es, porque me concedes, que el hombre es el que manda al cuerpo: él no puede ser un compuesto de cuerpo y alma; porque el hombre manda al cuerpo, y á este no puede mandar el compuesto de alma y del mismo cuerpo. El hombre pues, no siendo cuerpo, ni siendo el com-

"pues-

«puesto de cuerpo y alma, será solamente el alma.
 «ma... Por tanto; quien cuida de su cuerpo, cuida de sus cosas, mas no cuida de sí mismo. Quien cuida del dinero, cuida de cosa muy lejana, y diversa de sus cosas propias. Quien ama al cuerpo de Alcibiades, no ama á Alcibiades, sino las cosas de Alcibiades. Quien á este verdaderamente ama, debe amar su espíritu. Quien ama al cuerpo de Alcibiades, cesará de amar al marchitarse ó descaecer el vigor corporal; mas quien ama su espíritu, no dexará de amarle en tanto que mas y mas sea bueno: por esto yo nunca dexaré de amarte, ni de continuar en tu amistad.” Hasta aquí las reflexiones de Sócrates.

El hombre pues, como dicta la razon de profunda meditacion, y conoció la profana filosofia, es solamente su espíritu, y principalmente quando de este cuida, cuida de sí mismo. Por mas que padezca el cuerpo del hombre, no por esto padece en sí mismo, sino solamente padece en cosa que es suya. Si esta, ó su espíritu han de padecer, el hombre sacrificará todo lo que es suyo por no padecer él mismo: por tanto, querrá que su cuerpo se despedace y perezca, porque no padezca su espíritu, pues por no padecer en sí mismo, la razon le obliga á padecer en todas sus cosas, entre las que su cuerpo es la mas inmediata y propia. ¿El espíritu puede padecer? El espíritu no puede padecer de modo que se despedace ó perezca: solamente puede padecer en la virtud y en el honor. El hombre no puede perder su espíritu; porque se perderia á sí mismo; y cesaria de ser, ó desapareceria el hombre. El hombre no teme que su espíritu pueda ser aniquilado ni despedazado: mas teme que el espíritu sea manchado con el vicio y con el deshonor; y por este temor

ofre-

ofrecé valerosamente no solo alguno de sus miembros corporales, sino todo el cuerpo, al corte de la espada, juzgando que, con haber perdido algun miembro corporal, y aun la vida del cuerpo, nada pierde de sí mismo, porque no pierde la virtud y el honor. El militar, defensor de la religion y de la patria, valerosamente empuña la espada en su defensa, y animosamente presenta el pecho desnudo á la punta del acero enemigo, despreciando la vida del cuerpo, por no perder la virtud y el honor que pertenecen á su espíritu, ó á lo que principalmente es el mismo hombre. Como el vicioso y ricamente adornado por conseguir un deleyte corporal intrépidamente mancha, rasga y destruye su rico vestido, si es necesario para conseguir el desfogo de su pasion viciosa; así el virtuoso por conservar inviolable la virtud, é inmaculado el honor de sí mismo ó de su espíritu, valerosamente expone sus miembros corporales y todo su cuerpo al tormento, al despedazamiento, y á la aniquilacion si es necesario.

El hombre juzga perderse á sí mismo, quando pierde todo lo que tiene de mas estima. Puede perder su cuerpo: valerosa y gustosamente lo pierde por no perder la virtud y el honor: luego este y la virtud le son cosas mas propias que el cuerpo. El no halla en sí, ni tiene en sí cosa alguna, por cuya conservacion y defensa pueda perder la virtud y el honor: luego este y la virtud son las cosas mayores que puede perder, y son las que mas le interesan; pues por su defensa y conservacion pierde alegre y animosamente todo quanto puede perder.

El honor supone la virtud; pues esta es fundamento de él. El honor no da la virtud; mas es efecto de ella. La virtud no puede existir sin derecho al honor: no hay honor que no se funde en la virtud. Po-

drá

drá el virtuoso ser deshonrado no por esto dexará de ser dignísimo de honor, porque es virtuoso. El ser ó no ser honrado entre los hombres depende de su juicio, que no pocas veces es falso: mas la opinión falsa del deshonor no quita al virtuoso la dignidad y el derecho para ser honrado. De aquí es, que la virtud tiene intrínsecamente derecho al honor; y aunque con este derecho es compatible la falsa opinión del deshonor, el hombre no por esto dexa de perder todas las cosas por no perder la virtud, y el derecho esencial que ella le da al honor. La virtud y el derecho al honor son las cosas mas estimables, que el hombre no puede perder sino por culpa suya, y cuya adquisición y conservación dependen de su propia voluntad. Lo que de esta no depende, no es cosa propia; y por esto no lo es el honor exterior, que depende del humano juicio, que es falible.

Si la virtud y el derecho esencial, que ella tiene y da al honor, son las cosas mas propias del hombre despues de sí mismo; y son las cosas mayores, que él puede perder, y por las que expone y sacrifica todo quanto puede perder y sacrificar; la razon natural enseña, que en la virtud puede y debe haber derecho esencial al honor, y derecho que nadie podrá frustrarle jamas; pues si pudiera ser, seria un derecho aereo: seria, como si no fuese; porque era derecho á honor, que podia faltar ó no darse. El honor que depende del falacísimo juicio de los hombres, puede negársele al virtuoso; y muchas veces no se le da; luego este honor mundano, que puede faltar, no es, ni puede ser objeto único del derecho esencial, que la virtud tiene al honor: y porque á la razon repugna que un derecho real y esencial al honor, se frustre, ó pueda no tener efecto, se infiere, que el objeto principal de tal derecho debe ser un

un honor que no pueda faltar, y que como premio corresponda á la virtud sin dependencia de equivocacion, engaño ó juicio falaz. He aquí que la razon natural descubre y reconoce en la virtud un derecho al premio, decretado por juicio infalible, el qual únicamente se puede hallar en la divinidad; así como por el contrario en el vicio descubre y reconoce derecho al castigo, decretado por juez infalible, que únicamente puede ser el mismo Dios.

La razon natural no se obscureció tanto con las tinieblas del paganismo, que en medio de ellas no llegase á conocer, que la virtud y el derecho de ella al honor, sean las dos cosas mayores y mas preciosas, que el hombre puede tener y perder. No me detendré en exponer las sentencias de los paganos sobre lo estimable de la virtud, porque de ellas abundan los libros, y principalmente las obras de Platon, en las que largamente en boca de Sócrates muchas veces propone y prueba, que la virtud es el mayor bien que el hombre por sí mismo puede adquirir, y la mayor felicidad que por sí mismo puede lograr. El hombre virtuoso justamente se llama divino, dice Sócrates al fin del diálogo de Platon, intitulado *Menon*, ó *sobre la virtud*: si la virtud al hombre da justamente el título de divino, segun la filosofia pagana, esta en el hombre no reconoció mayor bien que la virtud. En esta la razon natural de todo hombre, y las leyes de toda sociedad racional, descubren y suponen derecho intrínseco al honor ó al premio; y lo reconoce tambien el hombre mas malvado, el qual, aunque abismado en los vicios, quiere y desea que los demas hombres sean, como tambien él, virtuosos ó buenos, y no viciosos ó iníquos. Segun la idea, no ménos cierta que evidente, de tener la virtud derecho esencial á su premio, los hombres con

ella le merecen y desean en esta vida y en la venidera: y el juicio de los buenos, como tambien las leyes de la sociedad racional, se lo conceden y dan en quanto pueden.

Mas al hombre que desaparece á la vista de los mortales; ¿qué premio puede dar la sociedad civil? Le puede dar por premio el honor y la memoria respetable de sus actos virtuosos. El hombre, mientras está en la vida mortal, desea tener buena fama aun entre los ausentes; así desea, que aun despues que ha desaparecido de la vista mortal, sea durable su buena fama entre los mortales. Esta buena fama es el único bien mundano, que no se acaba con la muerte del que lo merece. El hombre que ha muerto, desea la buena fama de sí mismo: en virtud de ella á su cuerpo como á su imagen se dan honores; mas estos se dirigen principalmente al mismo hombre, que los mereció quando su espíritu animaba al cuerpo, y que se supone aun existente. El honor pues, es el único premio, que la sociedad puede y debe dar á la buena memoria del hombre virtuoso que ha muerto: mas este honor, aunque hecho al mismo hombre ó á su espíritu, no le da felicidad alguna quando se lo hacen, ó porque su espíritu ignora que se lo hagan, ó porque aunque lo supiera, tal honor no es bien propio del espíritu, que al desaparecer del mundo mortal, conoció y despreció sus bienes caducos. Otro honor debe haber propio del espíritu, y de su nueva vida en el mundo inmortal.

Del intrínseco derecho que la virtud tiene al honor y á todo premio, y del deseo que todo hombre tiene de que sea premiada su virtud, se valieron justamente los egipcios para instituir legalmente el juicio que hacian de los muertos, verificando su conducta en vida para honrarlos ó deshonrarlos segun su mé-

mérito ó demérito. "No pueden ménos de admirarse, dice Diodoro Sículo (1), los autores de tal institucion legal; pues ellos se valieron no solamente de las acciones de los vivos, sino tambien del entiero y de los honores de los muertos, para inspirar en los miembros de la sociedad la moderacion y la virtud. A esta institucion de los egipcios alude lo que los griegos en sus fábulas y fingimientos han dicho en orden á los honores de los buenos, y á las penas de los malvados, por lo que; léjos de estimular los hombres á la virtud, han dado materia de burla á los malos. Entre los egipcios los castigos de los malos, y los premios de los buenos no consistian en fábulas, sino eran verdaderos y públicos, y con ellos se daba aviso útil á todos, y resultaba gran utilidad. Excelentísimas son pues, las leyes que no llenan de riquezas á los hombres, ántes los hacen buenos y prudentes". Hasta aquí Diodoro Sículo.

He aquí las leyes y la práctica de los egipcios en orden á castigar ó premiar á los hombres despues de su muerte. "Los parientes y familiares de la persona muerta, dice Diodoro citado (2), daban parte á los jueces y á los parientes del muerto del dia en que se le habia de dar sepultura. Los jueces, que por lo ménos eran quarenta, esperaban en un semicírculo al otro lado de un lago, que el cadá-

Nn 2

"ver

(1) Diodori Siculi bibliothecæ historicæ libri xv. de xl. gr. ac lat. studio Laurentii Rhodomani, Hannovix, 1604. fol. vol. 3. En el vol. 1. lib. 1. cerca del fin, ó página 83. núm. margin. 59.

(2) Diodoro Sículo en el lugar citado: página 82. núm. margin. 58.

»ver debía atravesar, llevado en una barca, cuyo
 »governador en lengua egipcia se llamaba ^{Charon}
 »(charon). Luego que la barca estaba en el lago,
 »qualquiera, segun las leyes egipcias, podia acusar
 »al muerto. Si alguno le acusaba y probaba la mala
 »vida del muerto, los jueces decretaban, que fuese
 »privado de sepultura. Si las acusaciones se descu-
 »brian, y probaban falsas, el falso acusador era
 »gravemente castigado. Si ninguno acusaba la mala
 »vida del difunto, ó el acusador era descubiertamen-
 »te falso, los parientes, dexando el luto, empeza-
 »ban á decir alabanzas al muerto, y de su nacimien-
 »to ó familia no hacian mencion alguna, como la
 »hacen los griegos; pues todos los egipcios se tienen
 »por igualmente nobles. Las alabanzas del difunto
 »consistian en publicar su educacion civil y cientí-
 »fica en la niñez, y en su virilidad su veneracion á
 »los dioses, su justicia, continencia y otras virtu-
 »des; y los elogiadores concluian pidiendo, que el
 »difunto; fuese bien acogido por los dioses infernales,
 »y puesto en la clase de los piadosos. El pueblo
 »aplaudia las alabanzas dadas al difunto, y le da-
 »ba otras grandes, como á persona, que eternamen-
 »te viviria con los piadosos en el reyno de Pluton.
 »Los cadáveres se depositaban en los sepulcros pro-
 »prios, si los difuntos los tenian: y las familias que
 »no tenian sepulcros, tenian en sus casas una capi-
 »llita, y en su pared ponian derecho el ataúd. Los
 »que por sus delitos, y los que por haber muerto
 »sin pagar sus deudas, no podian gozar los hono-
 »res de la sepultura, se depositaban en las dichas
 »capillas domésticas: y muchas veces sucedia, que
 »los descendientes del difunto, llegando á enrique-
 »cer, purgaban las deudas de este, y daban dine-
 »ro por la absolucion de sus delitos; y entonces
 »go-

»gozaban los honores de la sepultura." Hasta aqui la
 »relacion que Diodoro Sículo hace del entierro de los
 »egipcios.

»No se puede ménos de conocer y confesar, que
 »los egipcios sobre el entierro de los difuntos habian
 »formado leyes utilísimas al bien principal de la socie-
 »dad civil, que consiste en promover y premiar la vir-
 »tud, y en castigar el vicio en los miembros de ella
 »vivos y muertos. De tal institucion de los egipcios
 »proviene, dice Diodoro, las fábulas y los fingimien-
 »tos que los griegos han escrito en órden al premio de
 »los buenos y al castigo de los malvados: mas estas,
 »que Diodoro llama fábulas de griegos, no pocos sig-
 »los ántes que floreciese Diodoro, las propuso y de-
 »claró Sócrates, como relaciones de hechos verdade-
 »ros. Sócrates en dos diálogos, que largamente pro-
 »pone su discípulo Platon, enseñó que todos los hom-
 »bres despues de su muerte, habian de ser juzgados
 »por Dios: que no puede engañarse, y sabe todo lo
 »que ellos hicieron en vida. Asimismo Sócrates enseñó
 »que algunos hombres que, por sus delitos atroces, eran
 »incapaces del purgarse de ellos en la otra vida, serian
 »siempre castigados, y siempre permanecerian entre
 »los tormentos; y que otros, cuyos delitos no siendo
 »tan atroces se podrian purgar, despues de habellos
 »purgado, pasarian al estado de bienaventuranza que
 »tendrian los buenos. En esta doctrina, que despues re-
 »feriré con las palabras con que Platon la pone en bo-
 »ca de Sócrates, claramente se habla del juicio que Dios
 »hará del hombre despues de su muerte, del estado de
 »bienaventuranza eterna que gozarán los buenos, del
 »purgatorio en que purgarán sus delitos leves los que
 »murieron con ellos, y del castigo eterno que tendrán
 »los malvados: pero ántes de exponer ó referir la dicha
 »doctrina, para su mejor inteligencia, debo declarar al
 »lec-

lector el verdadero carácter de Sócrates, y de Platon su discípulo.

Sócrates, como consta de la uniforme confesion de la historia griega, murió condenado, porque negaba la existencia de muchos dioses, y exhortaba á la virtud. Oigamos al mismo Sócrates exponer la causa de sus acusaciones. En la apología, que del mismo Sócrates escribió Platon (1), habla así: "Sócrates se acusa, y se dice obrar mal, porque corrompe la juventud, no teniendo por dioses, á los que venera la ciudad de Atenas. Si esto es reprehensible, responde Sócrates, cierto es lo que de mí se dice: lo confirmo, y confieso.... Dios me lo manda (2): juzgo que no debéis ignorar que en vuestra ciudad no ha habido cosa tan buena como mi ministerio ó predicación, que he hecho obedeciendo á Dios. No he hecho otra cosa sino aconsejar á los jóvenes y á los viejos, que no se ha de tener mas cuidado del cuerpo, de las riquezas, y de otras cosas semejantes, que de la virtud del espíritu para lograr ser bueno, enseñándoos, que no proviene la virtud de las riquezas, sino que de esta proviene á los hombres todos los bienes particulares y comunes. Si, enseñando á los jóvenes esta doctrina, les pervierto, será pernicioso."

Si Sócrates padeció la muerte por negar la pluralidad de dioses, deberemos decir que Platon, al poner en boca de Sócrates los nombres de estos, para

ex-

(1) *Omnia divini Platonis opera translatione Marsilii Ficini. Venetiis, 1556. fol. lib. 27. sive apologia Socratis, p. 321.*

(2) Pag. 323.

explicar los atributos de Dios, ó su providencia, justicia, &c. con los hombres, faltó á la verdad, y ofendió la inocencia de su maestro. Mas Platon, no teniendo ánimo para negar la pluralidad de dioses, con peligro de su vida, y queriendo declarar la doctrina moral de su maestro, sin exponerse al castigo que él experimentó, la vistió de los nombres y de las frases de la teología pagana, entretexiéndola con las fábulas de esta; y por esto hace obrar á Saturno, Júpiter, &c.; lo que Sócrates atribuía solamente á la suprema divinidad; Platon sabio, y mas político que virtuoso, habiendo conocido la verdad con la instruccion de Sócrates, propuso la doctrina de éste enmascarada con la teología pagana, por no ofender á la supersticion de los atenienses, y exponer su vida. Si Platon, decia Numenio en su libro de los secretos de Platon, citado por Eusebio Cesariense en el capítulo 5. del libro 13 de su preparacion evangélica, hubiera manifestado la mala doctrina de la teología de los atenienses, hubiera dado causa á estos para que se volvieran contra él, y hubiera sido muerto, como lo fué Sócrates: y porque podia lograr el vivir, y el hablar piadoso y santamente en la persona de Eutrifon, hombre arrogante, deslumbró así á los atenienses; y de este modo consiguió su seguridad, y decir la verdad.

Paso ya á exponer, y aun trasladar literalmente la doctrina ántes indicada y prometida, que sobre lo que al espíritu humano al salir del mundo mortal sucederá, enseñó Sócrates; sobre cuyo carácter, como sobre el de su discípulo Platon, servirá la digresion que acabo de hacer, para que el lector advertido en la dicha doctrina, que Platon propone en boca de su maestro Sócrates, distinga fácil y claramente las verdades y máximas morales, que este enseñó, con re-

la-

lacion á la única suprema divinidad, y los adornos supersticiosos y paganos, con que Platon, temeroso de decir claramente lo verdadero, las vistió, introduciendo las insulsas y ridiculas fábulas de la mitología pagana de los griegos.

Platon pues, en uno de sus diálogos, intitulado *Gorgias*, ó sobre la retórica, pone por interlocutores á *Calicles*, *Sócrates*, *Cherembo*, *Gorgias* y *Polo*; y supone que Sócrates habla así. "Oye (1), dice Sócrates á Calicles, una relacion que tú quizá juzgarás fabulosa, y yo la tengo por verdadera; y como verdadero te contaré lo que te diga. Júpiter, Neptuno y Pluton dividieron entre sí el reyno que recibieron de su padre, como dice Homero; y en el Reynado de Saturno floreció entre los hombres la ley que siempre hubo, y aun dura entre los dioses; y era, que los hombres que hubieran vivido justa y piadosamente, al salir de la vida mortal, pasasen á las islas de los bienaventurados, y en medio de toda felicidad vieses muy separados de los malos; y que los que hubiesen vivido injusta é impiamente, fuesen castigados justamente en la cárcel llamada *Tártaro*. . . . Júpiter pues, determinó así. Primeramente se ha de hacer, que los hombres no prevean la hora de su muerte: ahora la presienten; y por esto se mandó á Prometeo que no permitiera que los hombres presintieran su muerte. Los hombres se han de juzgar desnudos, pues han de ser juzgados despues de su muerte; y desnudo debe estar su juez, que con su mente pura, mire y observe al espíritu que se le pre-

(1) En las obras de Platon citadas: lib. 24. *Gorgias* sive de *retorica*. Cerca del fin del diálogo pag. 256. columna 1.

»senta abandonado y despojado de todo quanto tenia
»en el mundo mortal, para que sea justo el juicio. Yo
»pues, añadió Júpiter, he constituido por jueces á mis
»hijos: á Minos y á Radamanto, que son del Asia; y
»á Eaco, que es de Europa. Estos, despues de su
»muerte, juzgarán en un prado, desde donde saldrán
»dos senderos, de los que uno irá al tártaro, y otro
»al lugar de los bienaventurados. Radamanto juzgará
»á los asiáticos: Eaco á los europeos; y Minos deci-
»dirá las dudas que ocurrieren sobre el sendero que
»las almas deberán seguir. Estas son Calicles, las co-
»sas que he oido: yo las tengo por verdaderas; y se-
»gun ellas reflexiono así.

»La muerte, á mi parecer, no es otra cosa que la
»mútua disolucion ó separacion de dos cosas unidas,
»esto es, del alma y del cuerpo. Quando estas dos
»cosas se han separado, conservan lo que en vida te-
»nian. El cuerpo queda como estaba vivo; esto es, que
»da grande y gordo, si en vida era grande y gordo; y
»conserva la cabellera si esta era cuidada diligente-
»mente en vida. Asimismo queda llagado si en vida
»habia tenido llagas; y si algun miembro suyo en vi-
»da estaba quebrado, despues de la muerte quebrado
»se conserva; y generalmente todas ó muchísimas co-
»sas del cuerpo por algun tiempo despues de la muer-
»te quedan como las tenia ántes de ella. Lo mismo me
»parece Calicles, debe suceder al alma en que se ven
»todas las cosas que el hombre en vida tuvo por natu-
»raleza ó por algun afecto. Quando llega el tiempo
»del juicio, los asiáticos se presentan á Radamanto,
»el qual deteniéndolos mira atentamente el alma de
»cada uno de ellos, y no echa de ver de qué perso-
»na sea; pues muchas veces habiendo mirado y con-
»siderado el alma de algun rey grande de los persas,
»ó de otro rey, ó de algun poderoso, y no hallando

»en ella cosa alguna sana; sino solamente perjuros,
 »injusticias (que aparecen como cicatrices), menti-
 »ras, vanidades, y nada de bueno por razon de su
 »educacion viciosa, y de su descaró y licencia en pe-
 »car, la echa fuera con la mayor ignominia, envián-
 »dola al lugar en que sea castigada como merece....
 »Verdaderamente, ó Calicles, hubo gente malísima en-
 »tre los que tuvieron poder y facilidad para obrar mal.
 »No por estó quiero decir que entre ellos no haya ha-
 »bido algunos buenos, los quales deben ser admira-
 »dos... Entre los poderosos hay muchos malísimos.
 »Radamanto pues, como yo te decia, quando debe
 »juzgar á alguno de estos, no los conoce ó distingue
 »por su dignidad ni por su nacimiento, sino solamen-
 »te observa si es malo; y si halla que lo es, le envia
 »al infierno, señalándole ó notando si es ó no insana-
 »ble. El juzgado llega á su destino, en que con tor-
 »mentos paga su merecido. Despues si observa el al-
 »ma de alguna persona inferior, ó de alguna que ha
 »vivido piadosa é inocentemente (lo que me parece
 »suceder principalmente á los filósofos que cuidan de
 »sí, y no se mezclan en muchos negocios), la aplau-
 »de y envia á las islas de los bienaventurados. Eaco
 »hace lo mismo.... Yo pues, ó Calicles, doy ya fin
 »á este discurso, y pienso en el modo con que pueda
 »presentarme con alma pura al juez: por lo que, des-
 »preciando todos los honores mundanos, procuraré
 »eficazmente vivir y morir santísimamente. Por la
 »misma razon te aconsejo que emprendas aquella bue-
 »na vida, y aquella pelea que el hombre en el mundo
 »mortal debe sufrir: te vuelvo á decir seriamente que,
 »quando seas juzgado, no te podrás ayudar; y te ins-
 »tará la sentencia de que yo te hablaba. Quando te
 »presentes al juez, este te tendrá sujeto, y tú tembla-
 »rás y vacilarás.... Estas cosas te parecerán quizá
 »fa-

»fabulosas, y acaso tú las despreciarás: mas solamen-
 »te serian despreciables quando halláramos otras me-
 »jores, y mas verdaderas." Hasta aquí Sócrates segun
 Platon.

Este en otro diálogo intitulado *Fedon, ó sobre el alma*, propone en boca de Sócrates la doctrina ex-
 puesta sobre el juicio del hombre despues de su muer-
 te, añadiendo algunas circunstancias en que claramen-
 te se describen el purgatorio y el infierno segun el
 dogma christiano. En dicho diálogo (1) Sócrates habla
 así á Simmia.

"Cosa justísima es, se dice, exáminar si el alma es
 »inmortal; pues si lo es, á gran peligro se expone
 »quien de ella no cuida. Si el alma pereciera con la
 »muerte, porque esta sea disolucion de todo el hom-
 »bre, los malos serian los mas afortunados, por-
 »que con la muerte faltaria en ellos todo; esto es, fal-
 »tarian cuerpo, alma y maldad. Mas dictando la ra-
 »zon natural que el alma es inmortal, esta para huir
 »el mal futuro, no encuentra otro medio que ser buena
 »y virtuosa. Quando el alma pasa al otro mundo, no
 »lleva consigo sino la sabiduría y buena educacion,
 »las quales cosas, dicen, les pueden aprovechar ó da-
 »ñar muchísimo al entrar allí. Dicen pues, que el al-
 »ma al ir al otro mundo, es llevada por el espíritu
 »angélico que en la vida mortal le tocó, á un lago en
 »donde se debe hacer el juicio.... A este es llevada
 »por el espíritu que de ella fué encargado, y debió
 »cuidar; y quando el alma ha llegado al lugar del jui-
 »cio, en donde hay otras almas, si allí hay alguna
 Oo 2 "mal-

(1) Platon citado, lib. 29. *Phedo, vel de anima*, p. 350. co-
 lumn. 2. cerca del fin del diálogo.

»malvada, ó inmunda con homicidios, ú otros pe-
 »cados semejantes, todas las demas huyen de ella; y
 »ninguna se halla que le quiera acompañar, ó guiar.
 »Mas el que ha vivido bien, tiene por compañeros y
 »guías á los Dióses (1). . . . Quando los difuntos han
 »llegado al lago á donde el espíritu de cada uno los
 »conduce, son juzgados los buenos y los malos. Mas
 »los que han tenido una vida regular, son llevados al
 »lago *Acherusia*, habitan en él, y se purgan de sus
 »culpas; y despues que se han purgado y purificado,
 »son absueltos; y cada uno de ellos segun su mérito
 »recibe premio. Los que por sus maldades parecen ser
 »incurables, como son todos los que han cometido mu-
 »chos sacrilegios, homicidios, y otros pecados seme-
 »jantes, se sumergen en la profundidad tartárea ó in-
 »fernal, de la que no salen jamas. Los que han come-
 »tido pecados grandes, bien que sanables ó capaces de
 »purgarse, como son los que ayrados contra el padre
 »ó la madre, hicieron alguna violencia, y despues ar-
 »repentidos los respetaron; y asimismo los homicidas
 »que se han arrepentido, y fueron despues buenos, todos
 »estos por necesidad deben caer en el tártaro, mas al
 »año son echados, ó salen fuera. . . . Los que se halla
 »que han vivido santamente, son los que, saliendo libres
 »de este mundo terrestre, como de una cárcel, suben á
 »habitar en una region alta y pura sobre la tierra. Los
 »que entre estos se han purgado bien por medio de la
 »filosofía, viven sin cuerpos, y tienen habitaciones
 »mucho mas hermosas ó excelentes, cuya hermosura
 »no es fácil explicar, ni el tiempo presente bastaria
 »pa-

(1) En el diálogo citado: p. 352. col. 2.

»para poner en claro. En atencion á esto que he di-
 »cho, se ha de poner, *Simmia*, el mayor cuidado
 »para que en esta vida presente consigamos la virtud
 »y la prudencia; pues el premio es hermoso, y muy
 »fundada la esperanza. Al varon recto no conviene
 »decir que las cosas dichas son como yo las he referi-
 »do, sino que estas ú otras equivalentes han de suce-
 »der con nuestras almas, y acerca de sus habitacio-
 »nes, pues nuestro espíritu aparece ser inmortal.»

Hasta aquí la doctrina socrática, en que centee-
 llean vislumbres claros de lo que inspira la mas recta
 razon, de lo que los primeros aprendieron por la luz
 de la razon divina, y nos enseña la ética christiana.
 Todos estos vislumbres se reducen á los siguientes ar-
 tículos.

I.º Los hombres, ántes del reynado de Júpiter,
 prevían la hora de su muerte; y esta prevision pare-
 ce aludir al estado de inocencia de Adán, la qual por
 la fábula se suponía haber existido en el reynado de
 Saturno padre de Júpiter.

II.º Las obras malas respecto del espíritu separa-
 do del cuerpo, son como respecto de este las llagas:
 de estas en el cadáver queda cicatriz, como de las
 obras malas queda señal. Esta es la mancha de la
 culpa.

III.º Despues de la muerte del cuerpo, no se borra
 jamas en el espíritu la señal de la culpa grave: y
 por esto el espíritu que la tiene, será condenado á la
 pena tartárea ó infernal.

IV.º La señal de las culpas, que no son graves,
 se borra en el espíritu, que se purga de ellas con la
 pena en un lugar determinado, llamado purgatorio.

V.º La culpa grave en el espíritu se purga con un
 año de pena infernal, si se arrepintió de ella, y des-
 pues fué bueno en la vida mortal.

VI.º Los buenos, despues de su muerte, van de rechamente á gozar la felicidad.

VII.º El espíritu no evitará el mal futuro en el otro mundo, sino siendo bueno.

VIII.º Todos los hombres en la vida mortal tienen un espíritu angélico que los guarda, y despues de la muerte los conduce al juicio, en que recibirán el premio ó pena que merezcan sus obras.

IX.º Es cierto que el espíritu que haya sido bueno, será feliz en el otro mundo; concíbese como se quiera esta felicidad, que difícilmente se puede explicar. Se sabe que el premio en el otro mundo es excelente, y que es grande la esperanza de él: es premio de la virtud; y para vivir y morir santamente el hombre, debe despreciar todos los honores mundanos.

X.º Todas estas máximas son, dice Sócrates, verdaderas, y no fabulosas: por fabulosas se podrán tener, quando se hallen otras mejores.

En estos artículos ó máximas de la filosofía socrática, verá el lector claramente una viva sombra de la doctrina de la razon natural, y de la revelacion divina, declarada á los primeros hombres, y conservada por tradicion con poca alteracion hasta el tiempo de Sócrates. A la razon natural pertenece conocer que el vicio mancha al espíritu, haciéndole reo de gravísima pena en el otro mundo, como por lo contrario la virtud le hace benemérito acreedor del premio, á que le da derecho, y que será declarado en juicio infalible despues de la muerte corporal. A la revelacion se deben las siguientes noticias: que las culpas ligeras se borran en el otro mundo con pena temporal; que con esta se borra la culpa grave del espíritu, que en vida mortal se arrepintió de ella, y despues fué bueno: y que cada hombre tiene su ángel de guarda en vida, el qual despues de su muerte le conducirá á juicio.

Los

Los hebreos, por tradicion, por práctica, y por dogma de sus escrituras santas, creyeron y enseñaron toda esta doctrina socrática, ántes que floreciese filósofo alguno entre los griegos: y de la misma doctrina encontramos semillas claras, aun entre naciones entre sí desconocidas, y las mas dispersas y envueltas en las tinieblas del paganismo. Mas ellas, como tambien los griegos, desfiguraron ó enmascararon la verdad de dicha doctrina con fábulas insulsas y ridículas; y en este sentido Diodoro Sículo observó bien, diciendo que de las ceremonias funerales de los egipcios se valieron los griegos para fingir los honores á los buenos, y el castigo á los malos; pues los griegos, en la relacion de estos honores y castigos, introduxeron el barquero Aqueron, su barca, el rio en que estaba, y otras particularidades usadas en el juicio civil, que para bien de su sociedad usaron los egipcios. Sócrates no podia ignorar que la materialidad, ya de las circunstancias que describia en el juicio del espíritu, y ya de las personas que juzgaban, aludia á la fábula griega, adulterada con las noticias del juicio que hacian los egipcios; y por esto sabiamente dixo, que al varon recto no convenia decir que el juicio del espíritu se hacia como él materialmente lo habia referido, sino solamente que se hacia de aquel modo, ó de otro semejante: y asimismo dixo, que las cosas que él contaba, podrian despreciarse como fabulosas, quando se hallaran otras mejores. Mas ¿quándo, ni cómo se puede hallar doctrina mejor que la mas conforme á la razon natural, que inspira á obrar bien, y á conocer que necesariamente ha de haber en el otro mundo un juicio infalible, en que se declare y premie la inocencia del bueno, y se castigue la maldad del malo? Este conocimiento es la conclusion cierta y legítima del exámen

éti-

ético-filosófico de lo que es el hombre. Este no es el cuerpo formado por Dios únicamente para dar morada al espíritu, que es ciertamente el hombre. El cuerpo pertenece á este inmediatamente, como al cuerpo inmediatamente pertenecen los vestidos que le cubren, y la casa que le da habitacion y asilo contra las injurias del tiempo. El hombre sacrifica y desprecia la casa y los vestidos, por defender el cuerpo; y del mismo modo debe sacrificar y despreciar el cuerpo, por defenderse á sí mismo, ó á su espíritu. Este no sirve á ningun otro ente, como el cuerpo le sirve á sí; y si sirviera á otro ente, este seria, y no otra cosa, el hombre: por tanto, el espíritu no debe atender sino á sí mismo, ni puede sacrificarse por otro ente; sino por sí mismo, ó por su bien propio debe sacrificar su cuerpo, que es cosa suya, y destinada para su servicio. Mas los hombres, por entusiasmo ó delirio de su razon, buscándose á sí mismos, y queriendo procurarse el mayor bien, hacen servir el espíritu al cuerpo, y por el bien caduco de este, se acarrean el mal eterno de su espíritu, ó de sí mismos, y no logran el bien caduco de su cuerpo. Tal es la condicion lamentable de los hombres en la vida mortal, la qual es un mar tempestuoso, y lleno de naufragios para los malvados, y para los buenos un purgatorio, en que se refina su virtud. Esta vida mortal es la que debo ya describir para cumplir lo que tengo prometido.

CAPÍTULO II.

Carácter de la vida humana: miserias corporales y espirituales del hombre en ella.

Debiendo yo considerar la vida humana, ó por mejor decir, describirla, presentando á la contemplacion lo que ella es, ántes de empezar su descripcion histórica, convendrá dar idea de su carácter. ¿Y qual deberá ser esta? La de las miserias corporales y espirituales del hombre, que forman el tejido de su vida: ó la de las enfermedades de su cuerpo, y de las aflicciones de su espíritu, que son los gages únicos de su mortalidad en este mundo caduco. En la pintura ó consideracion de estas miserias y males, que podemos llamar, no panegírico de la vida humana, sino oracion fúnebre del hombre miserable en ella, ó su inscripcion sepulcral, desde luego descubriremos que, aun prescindiendo de las claras y celestiales luces que nos da la ética christiana, en fuerza de la sola razon natural podemos llegar á conocer clara y distintamente quan miserablemente engañados viven los hombres mundanos, los quales, sin reflexionar ni atender á la gran miseria de la vida mortal, pasan los dias con tanto descuido y falsa alegría, como si fueran verdadera y eternamente felices. Veremos tambien, como Demócrito y Heráclito, sin mas luces que las que Dios imprimió en nuestro entendimiento, obraron cuerda y racionalmente, uno siempre llorando, y otro riendo siempre de la locura, ceguedad y falsa alegría de los hombres, que en este miserable valle de desgracias viven con tanto regocijo, con tanto apego á los falsos bienes percederos, y con tanto olvido de los verdaderos y eternos, como si fueran verdade-

ramente felices , y no tuvieran otros bienes mayores que desear , ni otras mayores desgracias que temer.

Debiendo yo dar idea de las miserias de la vida mortal de los hombres , para darla con brevedad y claridad , desde luego se me ofrece proponer la division y pintura de dos hospitales , y en ellos considerar á todo el linage humano. En un hospital debemos poner á todos aquellos hombres que padecen alguna enfermedad de cuerpo ; y en el otro á todos los que estan combatidos de alguna afliccion y pasion del ánimo. En esta suposicion y division de hospitales , no dudo que serian poquísimos los hombres que no pertenecieran á uno de ellos. Yo no hallo otros , sino aquellos pocos que , renunciando de todas las cosas mundanas , y fixando su mente en las eternas , se hacen superiores á todas las desgracias temporales , y viven unidos con su Dios en tranquilidad imperturbable de corazon y espíritu. Y es cosa digna de toda reflexion , que no obstante de nacer el hombre rodeado de miserias para vivir en un mar tempestuoso de continuos peligros , la bondad de nuestro Dios le haya dotado de un espíritu , y le asista con tantos socorros , que si el hombre se aprovecha de estos , y de sus luces naturales , pueda vivir felizmente en medio de la mayor infelicidad.

Volviendo á la consideracion de los dos hospitales , en que hemos contemplado enfermo á casi todo el linage humano , ¿quién podrá , pregunto yo , pintar , como debe , el carácter de tan innumerables enfermos como en ellos hay? Si queremos emprender la descripcion de los que padecen enfermedades corporales , necesitaremos formar muchos tratados , y aun tomos , para dar alguna noticia de ellos. Galeno , en el sentido de la vista contó ciento y quince enfermedades , y dexó al curioso físico el trabajo de contar el

nú-

número de aquellas que todo el cuerpo humano podia padecer. Sauvages ha sido el físico mas curioso é industrioso , que ha pretendido observar , y contar el número de las enfermedades corporales , y lo ha publicado en una obra (1) , en la qual divide estas diferentes en diez clases , las quales comprehenden doscientos noventa y cinco géneros , que se dividen en dos mil y quatrocientas especies de enfermedades de indicaciones diversas y constantísimas , quando concurren las mismas circunstancias. Estas especies de enfermedades , con su complicacion , pueden producir millares de nuevas enfermedades. Si suponemos que al hombre puedan asaltar mil enfermedades simples , que tambien se puedan combinar , la combinacion dará quatrocientas noventa y nueve mil y quinientas enfermedades de síntomas complicados ; y si suponemos la complicacion de tres en tres enfermedades , de ella resultarán diez y seis millones , seiscientas diez y siete mil enfermedades diversas. Mas aunque sean ciento solamente las enfermedades complicables en el hombre , de la complicacion de dos en dos de ellas resultarán quatro mil novecientas y cinquenta enfermedades ; y de la complicacion de tres en tres resultarán ciento sesenta y un mil y setecientas enfermedades.

Grande es verdaderamente este número de enfermedades , que probablemente se infiere del número que de ellas pone Sauvages , el qual , como se nota en su elogio , que se pone al principio de la obra ántes citada , no se lisongea de conocer todas las enfermedades , ni haberlas contado todas. A la verdad los

(1) *Nosologia methodica sistens morborum classes auctore Francisco Boissier des Sauvages. Amstelodami, 1768, 4. vol. 4.* Esta edicion es la mas completa.

físicos que han estado en América, nos hablan de muchas enfermedades peculiares del país, de que no se hace mención alguna en los libros médicos de los asiáticos y europeos: y no se duda que América, como ha enriquecido la historia natural con la noticia de centenares de especies de vegetales y animales, y el arte médico con centenares de medicinas, así también enriquecerá la historia médica con la noticia de centenares de enfermedades desconocidas.

Las descubiertas y reducidas á cálculo ascienden á millares, como se acaba de decir: y el cálculo se ha hecho, observando en cada una de ellas su indicación constante en circunstancias uniformes: mas porque una misma causa puede obrar en circunstancias muy diferentes, estas pueden diversificar muchísimo las enfermedades: y por esto los médicos diariamente descubren enfermedades con diversos síntomas; esto es, enfermedades desconocidas. Así con razón dixo Jamer en los prolegómenos á su diccionario médico, que no se había podido determinar el número de las enfermedades. ¿Quieres saber el número de estas? Cuenta, decía Séneca, el número de cocineros. Cuenta, diré yo, tantas nuevas especies de comestibles, tan grande y tan inconstante variedad en condimentarlos: tantos desórdenes y pasiones de ánimo: tantos vicios de cuerpo y espíritu: cuenta todos los puntos de la materia corruptible del cuerpo humano, y hallarás que, como dixo Demócrito, citado por Hipócrates, en su carta á Damageto, *todo el hombre, desde su nacimiento, es enfermedad.*

Desde las enfermedades del cuerpo pasemos á las del espíritu; aunque para considerar á estas, no deberíamos prescindir de aquellas; porque la experiencia demuestra, que pocas veces en el ánimo se logra perfecta sanidad sin la del cuerpo: y quando se lo-

gra,

gra, es indubitable que la enfermedad del cuerpo causa en el espíritu abatimiento y aflicción, que son los gages ó efectos de ella. Mas prescindamos totalmente de las enfermedades corporales del hombre, y consideremos solamente las de su espíritu. ¿Cuántas son estas? quantos son los desórdenes que el hombre comete contra Dios, contra su próximo y contra sí mismo. Ojead los libros políticos y éticos ó morales: todos estos son historia de las enfermedades espirituales del hombre, las cuales deberemos decir, que son tantas, quantas son las acciones humanas, quantos son los objetos del deseo humano desenfrenado, quantos son los pensamientos fantásticos, y quantos son los ejercicios de la memoria, que sirve al desenfreno de los deseos, y á la fantasía de los pensamientos. Los males de espíritu, que veis públicos en las cárceles de los malvados presos, en las casas de los locos atados, en los campos de batalla, en que la humanidad se convierte en ferocidad bestial, y en los demas lugares, en que se juntan ó viven los hombres, forman inmenso número de enfermedades espirituales: pero mayor es el oculto que ellos padecen, quando no la razón, sino la pasión, dirige y gobierna su espíritu. Todo este entónces es enfermedad: todo su obrar es un continuo mal: y sus males y enfermedades son tantos, quantos son los actos de su entendimiento, voluntad y memoria.

He dado idea del carácter de la vida humana en la indicación hecha de las miserias corporales y espirituales del hombre: debo ya mostrar el lienzo en que está la pintura viva de estas: y este lienzo es la vida humana, cuyas miserias describiré en pocas palabras, siguiendo aceleradamente el curso rápido de las diversas edades del hombre.

CA-